

deje por ello de ser chileno. La aristocracia de estos pueblos hispanoamericanos, tienen también modalidades especiales, costumbres propias, aunque los matices del arrivismo o de la copia de costumbres europeas desvirtúe su primitiva naturaleza». Después agrega: «Con lo que quiero decir que la chilenidad es exactamente igual para toda creación, sea ésta de tipo campesino o de tipo de ciudad».

Libro de rica substancia, vaciado en prosa de clásica densidad, que el escritor caldeó con brasa cordial.—LAUTARO YANKAS.

<https://doi.org/10.29393/At240-95PALY10095>

POESÍA DE ABELARDO VÁSQUEZ

Podemos contar buenos meses desde que este cuerpo curvado y blando en altura, y como escurrido de andar, que sujeta el alma de Abelardo Vásquez, paseó las calles de Santiago en uno de esos viajes de ocurrencia que lo arrancara de Mendoza, seguido por un amigo de esos que, como el poeta de nuestra atención, abren las alas cada vez que miran el cielo.

Es posible que los pájaros ciñan su vuelo a la órbita de los riscos donde a veces descansan y comen, o a los llanos que midieron su audacia. Pero se me ocurre que los pájaros tienen en sus alas el signo de la distancia indefinida—distancia sin fronteras—y así también, el signo de la divina altura que subyuga y anonada los horizontes rastreros de la tierra.

Decimos esto, pensando en esta figura algo doblada y lenta de Abelardo Vásquez, hombre que guarda silenciosamente sus alas siempre apuntadas para las celebraciones del espíritu. Porque en los días que lo vimos y lo escuchamos, nos dió la revelación del ave, mientras nos hablaba de la poesía y del aliento de esta tierra americana que su palabra hilvanó Hermanándola con soberanía indudable.

Recuerdo a este propósito aquella sobremesa, en un rincón muy criollo de la orilla santiaguina, cuando los presentes en ella quisimos ofrecer a la noche que presidía, la comunión de nuestros pensamientos y nuestros sueños. De todo hablamos aquella vez, pero creo memorable la expresión de ese único instante en que cada uno de nosotros dejó sus gotas esenciales. Alguien pidió a la suerte que le permitiera asistir al encuentro real y profundo de los dos pueblos en una fiesta cordial de la pampa gaucha, con su churrasco y su mate, y del altibajo nuestro con su mosto y su cueca revolcándose a un tiempo en los pastos chilenos y en la llanura ilímite. Yo subrayé el milagro de la poesía y de la voluntad de los espíritus que han borrado leguas de cordilleras y nieve, y han creado alfombra y camino de belleza, sin escondites torvos, dejando la rocalla andina en lo puramente decorativo. Superación de la esperanza y el propósito de hermandad bien registrada.

Antes de su partida, Abelardo Vásquez dejó en nuestras manos su hasta hoy único libro, «Advenimiento», diáfano contenido de vida sin vuelcos, deslices ni pretensiones. De rico veneno, el verso casi siempre libre, se plasma en idea y sensibilidad, con imágenes decantadas, sin genealogía escolástica. Una poesía que se alza sobre lo terrenal por mandato de la vida recogida en trance de gracia. La imagen alcanza los límites de una claridad sin vacíos, mágica y leve, movida de secretos que el caminante de la vida puede recoger para su cosecha de hallazgos.

Rara vez en «Advenimiento» el cerebro se deja llevar por el calor de un estímulo puramente mental. Y cuando lo hace, algo hay en el verso que electriza los fríos elementos. Sube desde las eternas fuentes la vibración que presta al verso su voz interior, su calor astral.

El amor y la soledad son los temas dominantes y la emoción se levanta desde el pórtico en imágenes que toman luz profunda.

»Esta mujer, Señor, que circunda mi canto
como un halo,
y estos barcos de amor que recorren las venas».

.....

«Gracias, Señor, si es tu designio que oscuras
sean las horas de esta vida,
cuando el hombre decide, postrado en soledad,
contemplar su destino».

Más adelante, en su poema «Advenimiento», leemos:

«Yo voy solo, Señor, solo en la nieve. solo en la vida,
solo en el amor».

Por mis manos han cruzado las más largas
ansias, los más largos pensamientos.

Toda mi piel se envuelve en una sustancia
oscura, de un vegetal amargo;
y las manos, y los ojos, y la voz».

En algunas estancias de sus poemas, la forma se cincela en clásica pureza, donde el pensamiento se estremece, gamado hacia lo infinito. Su motivo central es el tiempo que se destroza en el tiempo, y allí el dolor se deshace y rebrota en el ritmo de las fuerzas eternas:

«Hace tiempo yo era... Miradme ya
sin voz, sin ecos.

Perdido por la noche larga que es el cuerpo
del hombre.

Sangrando del corazón con las manos abiertas
al aire de la lluvia.

Miradme: definido, solo, testigo de la nada,
del imposible acierto.

Y el amor que ha llenado mi vida la llenó de dolor:
esta mujer que vino por la prisa del aire
y el nivel de la nube...»

Tras la mujer amada, frente a la cual se alza la imagen enemiga, el ideal altivo y recóndito, está el amor fraternal y la dolida meditación frente a todo lo que pasa y se detiene ante nuestra mirada: el tiempo, siempre el tiempo doliente; la tierra, gajo de eternidad aparente, que anima la ternura del poeta.

De nuevo, en los últimos poemas, gira la ronda de ardientes ansias, de la imagen apretada, de luz, que se escapa de la tierra para quedarse en el alma hecha angustia, porque, como sucede siempre, la forma física, por mucho milagro de luz y de penumbra que nos regale, habrá de trocarse en dolor de vida malograda, en mezquina ofrenda dentro de esta custodia de sueños que es el alma sumergida en el cielo:

«Dí, vienes de tu nombre, amanecer y rosa
en el futuro,
o del hambre del viento en el árbol nocturno
escapado del cielo y prisionero de la noche?

Cogida ya en la grata tibieza de este ritmo, no sé si quedarme con estos versos que dicen:

«Ven hacia mi corazón, tú sola, sola con
tu silencio.

Si te asomas levemente, verás mi amor
adormecido en tu recuerdo.»

o con esta dádiva de gracia y anhelos recogidos en música apacible y, no obstante, trémula:

«Manos abiertas, colmadas de espacio
infinito.

Manos altas de claridades, amanecer
de bosque y río.

Manos graves de soledad y ternura sostenida
de rosas».

Viva esta semblanza como el mejor recuerdo del poeta, que
supo entre nosotros, espigar su silencio de llanura y de monte.

—LAUTARO YANKAS, (Junio de 1945):